

a la vez la fuente de inspiración y el obstáculo. En ambas historias el resultado es un liberarse de las palabras de otro, pero esta ceremonia de despedida se produce como reconocimiento y recuperación.

Se narra un enfrentamiento íntimo que constituye, por otra parte, el punto álgido en las dos novelas, su viraje épico si se quiere. Esta tortuosa recuperación de la mirada infantil o mejor dicho *una cierta mirada de niño* permite a los protagonistas abrirse a la extrañeza y a la irreverencia que requiere una experiencia originaria³.

Descartamos la mirada infantil como locura cuando la percibimos en un adulto porque representa una apertura que solamente toleramos en los niños. El adulto «está atado a la circunstancia en que percibe las cosas», como dice Máximo.

La del niño es una mirada que descodifica el mundo desde una perspectiva más arriesgada que la del sujeto adulto. En este sentido el último sólo puede traducir su vivencia en formas consagradas de antemano por la comunidad. La mirada del infante, en cambio, la del niño que juega por ejemplo, «profana»⁴ las funciones que la convención confiere a los objetos. De esta manera participa de una aprehensión siempre novedosa de lo real. En cierto sentido produce fisuras en el entramado tradicional que rige el orden entre las palabras y las cosas. Toda fisura en el orden de los signos confronta al hombre con lo infundado de su ser y esa confrontación encarna (para el adulto) el ingreso en lo siniestro.

Al mismo tiempo parece ser que esa fisura es la experiencia (o que cada experiencia implica una fisura) y lo que la hace llevadera y lo que en definitiva la constituye, es el relato.

Bodil Carina Kok es licenciada en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Leiden.

La historia testimonial y sus límites

Gema Palazón Sáez

Cuando la verdad sea demasiado débil para defenderse tendrá que pasar al ataque (Bertolt Brecht)

¿Qué tienen en común la historia de un cacique mexicano condenado a muerte por el Santo Oficio en 1539 y la guerrilla indígena de Juan Santos Atahualpa en el Perú alto-amazónico? ¿Qué vínculo permitiría ligar las aventuras de dos cimarrones en la Luisiana española de 1789, la insurgencia de los

esclavos en las plantaciones cubanas en las décadas de 1820 y 1830, y la autobiografía de Juan Francisco Manzano, un esclavo cubano que relató su propia vida hacia 1835? Con estas sugerentes preguntas, Martín Lienhard nos acerca a una investigación que toma por objeto la relectura crítica y atenta de aquellos documentos oficiales en los que, directa o indirectamente, se hace presente la *voz del subalterno*. La conciencia de una posición desigual y vulnerable que los sujetos indígenas y negros reconocen en la abundante documentación en que se basa Lienhard no es más que la marca discursiva de algunas de sus estrategias de resistencia y supervivencia.

Disidentes, rebeldes, insurgentes responde a todas sus preguntas iniciales con una aseveración: lo que sostiene a todas estas propuestas de resistencia no es otra cosa que la rebeldía racial contra el sistema político-social de las dos grandes potencias



Martín Lienhard
Disidentes, rebeldes, insurgentes. Resistencia indígena y negra en América Latina. Ensayos de historia testimonial
Madrid, Nexos y Diferencias. Iberoamericana, 2008, 163 págs.

3. En *Infancia e historia* Agamben define, siguiendo el ejemplo de Husserl, el origen de la experiencia o la «experiencia pura» como una «experiencia muda» y muestra hasta qué punto la experiencia inefable y la infancia están íntimamente ligadas (y no solamente por la etimología infancia / *infans* – «el que no habla»): «[...] la constitución del sujeto en el lenguaje y a través del lenguaje es precisamente la apropiación de [l]a experiencia "muda", es desde siempre un "habla". Una experiencia originaria, lejos de ser algo subjetivo, no podría ser entonces sino aquello que en el hombre está antes del sujeto, es decir, antes del lenguaje: una experiencia "muda" en el sentido literal del término, una *in-fancia* del hombre, cuyo límite justamente el lenguaje debería señalar.» (*Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2004, pág. 64)

4. Giorgio Agamben, *Profanaciones*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2005, págs. 99-102.

coloniales ibéricas (España y Portugal). El centro de la investigación de M. Lienhard se sitúa, por lo tanto, en aquellos puntos de fuga en los que el archivo nos permite trazar una línea de continuidad en su reverso: el de la resistencia indígena y negra en América Latina. El lector tiene entre sus manos un compendio de ensayos escritos desde la declaración y el compromiso por el rescate parcial, pero decisivo, de la historia de las mayorías subalternas. Para ello, el autor ha privilegiado aquellos textos en los que sus protagonistas han dejado testimonio o, como escribe el propio Lienhard: «en los cuales “hablan” los propios rebeldes, “dialogando” –en obvia situación de desventaja– con sus jueces u otros representantes de la autoridad» (pág. 10).

El volumen recoge en seis capítulos (tres de ellos inéditos hasta el momento) el testigo de trabajos anteriores del autor como *La voz y su huella* (1992), *Testimonios, cartas y manifiestos indígenas* (1992) y *Omar e o mato* (1998). Martín Lienhard no ha dejado de reflexionar en torno a la rebeldía indígena, pero *Disidentes, rebeldes, insurgentes* ofrece además un estudio sistemático de los documentos de archivo y un particular punto de lectura: «en tanto aprendiz y practicante ocasional de historia oral, intuí que tales textos podían ser leídos, con las debidas precauciones, como los testimonios orales que uno puede escuchar, hoy, en las diferentes periferias sociales de América Latina y el Caribe» (pág. 10).

La premisa básica para este proceso es sencilla: cualquier texto remite al contexto que lo originó; desentrañar entonces el contexto en que los «testimonios» de los rebeldes se pronuncian y recogen permite también acceder a aquello que está, necesariamente, más allá del texto, al discurso y las estrategias políticas de resistencia de sus protagonistas. Lienhard recupera así dos temas que han ocupado el debate crítico al menos durante las dos últimas décadas: el de la subalternidad latinoame-

ricana y el valor del testimonio para su reconstrucción. En un momento en que ambas cuestiones parecen estar en entredicho y haber abandonado los límites de la *political correctness* en que surgieron, Lienhard reconduce su foco de atención hacia las formas de disidencia, rebeldía e insurgencia que se pueden rastrear en declaraciones, interrogatorios, autobiografías y autos procesales, para seguir las huellas de un discurso que se resiste al sistema hegemónico (en este caso el del espacio colonial) y las formas en que se lleva a cabo. Para ello, Martín Lienhard abandona la pretensión de «veracidad» de los documentos analizados y la cuestiona abiertamente a lo largo de todo el volumen. El autor nos propone, en cambio, una lectura que no se centra en aquello que los documentos *dicen*, sino que subraya precisamente todo aquello que los textos ocultan y que sólo se torna visible si los ponemos en diálogo con su contexto de enunciación. Este es quizás uno de los principales logros de su último trabajo, pues ofrece un detallado y documentado análisis de la realidad socio-cultural de los procesos, autos y testimonios de los que se ocupa, en sus respectivos contextos políticos, sociales y culturales.

La colección de ensayos que integran este volumen se muestra así diversa (como el propio título sugiere, no todas las formas de resistencia se miden en un mismo grado), pero con un eje vertebrador que la atraviesa indefectiblemente: el de la voluntad de releer y reescribir también aquellos episodios de resistencia de los que da cuenta. A partir de lo que podríamos considerar «historias mínimas» y que el autor define como *historia testimonial*, Lienhard nos acerca desde la microhistoria a la superestructura en que esta se produce, a partir de un estudio que indaga sobre los textos, pero también más allá de estos.

De este modo, el juicio inquisitorial de don Carlos Ometochtzin Chichimecatecuhli, un cacique mexicano de Tezcoco, es

presentado como una secuencia dramática en la que asistimos al proceso por el cual se construye la acusación sobre don Carlos y se «recrean» los hechos capaces de condenarlo a muerte y convertirlo en víctima de las luchas de poder en el espacio colonial. Más allá de la vindicación de la figura de don Carlos (presumiblemente inocente si nos atenemos al análisis y la relación de su proceso), lo que Lienhard nos propone es su lectura como huella de la confusión y profunda desestructuración social que acompaña a la colonización española sobre el territorio conquistado y que se materializa en el proceso por el cual un auto procesal que autoriza la ejecución de una sentencia se convierte, además, en *denuncia* de un asesinato legal (pág. 28).

El caso de Juan Santos Atahualpa remite, sin embargo a un episodio de insurrección mantenida durante más de una década en la ceja de selva amazónica peruana. Una vez más, la reconstrucción histórica que los documentos autorizan obedece a los intereses particulares de quienes los recogieron por escrito, pero en ellos se cifra también –si compartimos la hipótesis de Lienhard– la elaboración discursiva del otro con el que dialogan (aunque lo hagan en una situación de desigualdad). Las aparentes contradicciones y confusiones que la lectura de estos textos producen, parecen encontrar entonces una alternativa para su comprensión y análisis.

Los estudios sobre resistencia negra introducen en el volumen de Lienhard una dimensión particular vinculada a las condiciones de esclavitud. Las múltiples formas de resistencia y rebeldía en la diversidad del *cimarronaje* (ya sea este de ruptura total con el sistema esclavista, intermitente, disimulado o encubierto) presentan diversas opciones en las que los esclavos negocian espacios de autonomía, establecen redes de solidaridad o luchan contra el sistema que los oprime. Las formas de resistencia se verán condicionadas

por el espacio geográfico en que se producen y el momento histórico en el que se acometen. En este sentido, el estudio de Lienhard ofrece un interesante abanico de posibilidades para futuros trabajos en la materia, mediante la recopilación de numerosas variantes y desarrollo del fenómeno del *cimarronaje*.

El proceso criminal contra los cimarrones Luís y Enrique (acusados de haber intentado huir definitivamente y haber disparado contra un hombre blanco), aunque intrascendente para la Historia, le permite a Lienhard trabajar sobre el discurso directo de los dos esclavos involucrados en el proceso y reconstruir así parte de la historia de la sociedad esclavista. Más allá de los crímenes de los que el proceso da cuenta, el autor se interroga sobre el contexto que hizo posible que ambos cimarrones los cometieran, pues éste da cuenta del tránsito que se podía producir de hecho, entre los distintos tipos de *cimarronaje*. Sólo así se entiende la existencia de los *quilombos*, *mocambos*, *cumbes*, *manieles* o *palenques* durante los cuatro siglos de sistema esclavista en las Américas. En estos casos, el *cimarronaje* había dado lugar al establecimiento de verdaderos refugios de esclavos y a la conquista de una autonomía insospechada en el sistema colonial. El desarrollo de una petición de *reducción* sobre el «maniel de Neiva» constituye el punto de partida a partir del cual Lienhard nos propone toda una red de relaciones de solidaridad entre distintas comunidades y agentes sociales, y negociaciones desde una posición de fuerza por parte de los cimarrones, a la vez que muestran ya las fracturas del sistema colonial.

Sin embargo, algunas de esas «historias mínimas» revelan también la potencialidad de la insurrección, marcando también los límites del sistema que hasta ese momento las regía. Así por ejemplo, la historia de Pomuceno, un esclavo que, ante la desesperación por la amenaza de castigo

de su amo, es capaz de arrojarse al vacío en un pozo, desencadena una reacción de insurrección por parte de los esclavos de la plantación. Este relato, desproporcionado por sus alcances (pues genera un levantamiento contra la autoridad colonial) señala, como sostiene el propio Lienhard, «el momento preciso en que una comunidad negra aparentemente pacífica se transforma, de repente, en una masa amenazante y dispuesta a todo para restablecer la “justicia”» (pág. 134). Una justicia que no se fundamenta en la abolición del sistema esclavista, pero que evidencia las posibilidades de neutralización que los esclavos podían tener sobre sus amos.

Por último y puesto que se trata del único documento autobiográfico que aparece en el volumen, el relato de Juan Francisco Manzano representa un caso excepcional dentro de las letras latinoamericanas. Escrito hacia 1835 y analizado por Martín Lienhard, esta autobiografía deja patente el alcance del sistema esclavista aun dentro de aquellos que de una u otra forma, se habían visto privilegiados frente al resto de esclavos «comunes». El relato personal de Juan Francisco Manzano se convierte entonces en documento testimonial de «*todo el horror de un sistema basado en la apropiación del hombre por el hombre*» (pág. 125).

En última instancia, el trabajo de Lienhard ingresa en la crítica cultural poscolonial que, reconociendo los límites que el archivo impone a toda investigación sobre relatos fundamentalmente orales, retoma sus vacíos para encontrar las marcas de una realidad enajenada de la Historia. Por todo ello, este es un trabajo que centra su investigación en la reconstrucción y revisión de una parte de la historia latinoamericana que se resiste tanto al olvido, como a la palabra.

1. Manuel DELGADO, *Sociedades movedizas*, pág. 13.

Todo por hacer. Pies que piensan las ciudades

Ximo González Marí

La antropología de las calles está por hacer. Manuel Delgado, profesor de antropología social en la Universitat de Barcelona y miembro del grupo de investigación *Etnografía de los Espacios Públicos* del Institut Català d'Antropologia, señala la imperiosa necesidad de diferenciar entre aquello que llama cultura *urbánística*, es decir, la morfología física de las ciudades, y cultura *urbana* propiamente dicha, ese



Manuel Delgado
Sociedades movedizas, Pasos hacia una antropología de las calles
Barcelona, Anagrama, 2007,
280 págs

conjunto de prácticas entrecruzadas y fluctuantes que a cada paso reconstruyen el espacio urbano. Con esto, el autor reivindica otros modos de enfrentarse al estudio de las ciudades, que no pase por el simple análisis de su estructura tangible, ni por el mero acercarse a los actantes que la habitan. La ciudad «no es un *lugar*, sino un *tener lugar* de los cuerpos que lo ocupan»; no es un contexto, sino una maraña de redes relacionales que configura el devenir urbano, desintegrándose y haciéndose constantemente, construyéndonos y desintegrándonos como parte de esa realidad en eterna reformulación. En opinión de Manuel Delgado, la antropología social debería volver su mirada hacia este nuevo objeto de estudio, obviando en lo posible la visión tradicional de la ciudad como una comunidad estructuralmente acabada. La ciudad fluye a la deriva, sin límites ni anclajes, merced a múltiples mareas de «usos, componendas, impostaciones, rectificacio-